cursos para ser, cada dia más hábil, en las lides de la palabra. No creyó, como otros compatriotas suyos, que áun haciendo de la vida entera un constante aprendizaje, pocas veces se llega á la perfeccion; mas, por largo espacio de tiempo, se ejercitó, sin descanso, en defender causas, y componer y recitar privadamente, hasta el punto de que no pasaba dia alguno sin que hablase en el Foro, ó trabajase en su casa; y, con frecuencia, hacia ambas cosas. Ciceron, que dice esto, dice tambien que la actividad de Hortensio era tan grande, que jamás habia encontrado á nadie que fuese más apasionado por el trabajo. (23)

Sin duda alguna que no era Hortensio un cenobita, ni tuvo un carácter inflexible y austero como el de Marco Bruto y el del último Caton; más, aquello que hacia era tanto más laudable, cuanto que no le faltaban cuantiosos bienes de fortuna, y la juventud rodeada de la opulencia, cede á los incentivos del placer y áun del vicio, más fácilmente que á deseos, cuyo logro se funda en el trabajo, y una constante laboriosidad; y cuanto que Roma era, ya, por sus hábitos de molicie, de lujo y corrupcion, una colonia asiática, y, de ningun modo, una escuela de las antiguas virtudes republicanas. El no participar, allí, de unas costumbres seductoras, que halagaban todos los caprichos y apetitos humanos; el no participar de aquella especie de culto que se tributaba á las comodidades y dulzuras de la vida, era tan difícil como respirar una atmósfera deletérea sin que la sangre participe de sus miasmas; casi tan difícil como tocar el fuego sin quemarse. Y, por esto, aquellos pocos caractéres que se mantuvieron incorruptibles, en medio de la corrupcion general, se parecen, como diria un poeta, á las perlas que se conservan puras en el fondo turbio de los mares, ó á ciertas flores inmaculadas que nacen en los sitios húmedos y pantanosos.

No debe, pues, extrañarnos, que Hortensio pagase algun tributo á las costumbres de la sociedad y la época en que vivió. Todo revelaba allí una gran decadencia moral, una degeneracion de lo que otras veces fuera aquel pueblo, que en altas voces decian, á quien no fuese mal entendedor, lo que en el órden político iba, allí, á acontecer, en un plazo más ó ménos corto. Como cónsul, como hombre de Estado, como ciudadano que toma parte activa en el gobierno de su pátria, Hortensio procedió honradamente, sin aumentar su fortuna, á espensas de la pública. (24) Si su consulado no fué, tan glorioso para él, como fué para Ciceron el suyo, hay por lo ménos que reconocerle el mérito de haber seguido, siem-

pre; una política juiciosa, sin aconsejar, jamás, su elocuencia, de su ambicion, ni emplearla en producir nuevas agitaciones á la República; harto trabajada, ya, por las discordias de Mario y Syla.

En su vida particular, Hortensio aparece con refinamientos de lujo, y muestras de afeminacion, que no corresponden á la gloria de que su vida pública le rodeara. Dejando á un lado su aficion á los objetos de arte, que cuando se buscan por su mérito, y no por lujo ni vanidad, es una aficion loable, él fué uno de los primeros, ó el primer romano, que dedicó parques enteros á la cria de esquisita caza, para regalo de su mesa. Él fué, tambien, el primero que sirvió los faisanes en un banquete augural, lo cual se consideró, por las personas sensatas, como un reprensible acto de ostentacion, más bien que como una muestra de celo religioso. Refiérese de él, asimismo, la verdadera extravagancia de regar, con vino, las plantas de sus jardines de Túsculo. Era tan cuidadoso en el vestir, que se servia de un espejo, cosa no acostumbrada, entónces, entre los hombres, para arreglar los pliegues de su ropaje; y hasta el andar parecia hacerlo artísticamente, considerando, como un grave contratiempo, el que cualquiera, por descuido, desarreglase su tocado

Superior, muy superior, en ingenio y elocuencia. á todos sus conciudadanos, excepto uno sólo, era, segun se vé, en otras cosas, ménos viril que las mujeres de su época. Así vemos que, al relatar tamañas ridiculeces de este insigne hombre, Macrobio le llama «afeminado de profesion;» añadiendo que, «el ejemplo de Hortensio, no debe servir para caracterizar su siglo.» (25)

Mas, si apartamos la vista del hombre privado, y lo buscamos en el Foro, veremos que, exceptuando el tiempo de la guerra contra los Aliados, ó los Marsos, en que Hortensio sirvió el primer año como soldado, y el segundo como tribuno militar, su vida oratoria fué una cadena, pocas veces interrumpida, de gloriosos triunfos, que por algun espacio de tiempo le hizo ser, el dominador de la tribuna y el Foro, por más que su elocuencia no obtuviese los aplausos unánimes de sus contemporáneos. Despues de la muerte de Crasso, Antonio, Sulpicio, Escévola, y otros personajes que perecieron víctimas de las discordias civiles, Hortensio no tuvo competidores que le disputasen el cetro de la elocuencia política y judicial, (26) hasta poco ántes de ser elegido cónsul. Pudo reclinarse tranquilo en sus laureles, como el guerrero harto de victorias; y pudo saborear, ya cumplidas, las ambiciones de supre-

macia que, sin duda, abrigó en su juventud, cuando se entregaba, con ardor febril, al estudio y ejercicio de la elocuencia.

El no habia reparado en un jóven de aspecto humilde, y de semblante pálido y enfermizo que asistia siempre á oir sus arengas. ¿Cómo reparar desde las alturas de la fama, en un jovenzuelo oscuro que se confundia entre la numerosa multitud de que estaba compuesto al auditorio? ¿Cómo descubrir el genio fecundísimo y brillante de Ciceron, á través de la modesta toga del plebeyo? Y sobre todo, señores, ¿qué inquietudes podia despertar en Hortensio, acostumbrado á vencer y reputado como el hombre más elocuente de Roma, aquel jóven que apénas empezaba á esgrimir las armas de la palabra? No tardaron mucho en encontrarse, como adversarios, en la liza judicial, el uno frente del otro: Hortensio habló en un proceso contra Quintio, y Ciceron lo defendió. Los temores que este último experimentaba al entrar en combate contra un enemigo tan formidable, se ven claramente en su discurso; pero tambien su discurso debió causar grande impresion en el ánimo de Hortensio, y anunciarle que, aquel jóven orador, no tardaria en arrebatar de sus manos, el cetro de la palabra. Pero esto quedó evidentemente demostrado, en el famoso proceso

contra Verres. Ciceron se condujo con tal maestría y superioridad de genio, que Hortensio abandonó la defensa del acusado, y el acusado se desterró voluntariamente para librarse de un fallo condenatorio.

Sin embargo de la emulacion, que empezaba á despertarse entre aquellos dos colosos de la tribuna, y que todo el mundo calificaba de envidiosa rivalidad, Hortensio, en los tres años que siguieron á su consulado, se abandonó, por completo, al reposo y los placeres de una vida muelle y regalada, y perdió aquella elocuencia que ántes le distinguía. Su actividad se convirtió en pereza; su abundancia en aridez, y sus discursos influyeron ménos en el ánimo de los jueces, que las sumas con que los acusados compraban la justicia: Hortensio dejó de ser el mismo hombre, y nadie podia conocer lo que habia sido, por lo que era entónces. (27) Mas, cuando vió que Ciceron avanzaba siempre en el camino de la celebridad; cuando le vió elegido cónsul y honrado, el primero, con el título de *Padre de la pátria*, por su campaña contra Catilina, entónces su emulacion, como una llama que se reanima al soplo del viento, se despertó repentinamente, y volvió á lucir su palabra con el mismo brillo que tantos aplausos le valiera en su juventud. Desde aquella época,

ambos competidores, aunque unidos por lazos de verdadera amistad, y, á las veces, compañeros en la defensa de las mismas causas, continuamente trabajaron, el uno por conservar el primer puesto, y, el otro, por no ocupar el segundo. Así marchaban, sosteniendo esta noble competencia, que duró doce años, hasta la muerte de Hortensio, acaecida á los 64 de su edad.

Pero, como si hubiese querido hacer el último esfuerzo de su palabra, poco ántes de morir pronunció un discurso, que habia preparado cuidadosamente, y que le valió un triunfo, al propio tiempo que una rígida censura. La opinion pública protestó contra el resultado de aquel proceso, y para castigar á Hortensio por haber defendido con éxito una mala causa, un dia que se presentó en el teatro, fué recibido por el pueblo con una silba estrepitosa. (28)

Cuarenta y cuatro años frecuentó Hortensio la tribuna. ¿Qué multitud de arengas no pronunciaria en este dilatadísimo período, cuando sabemos que, además de sus trabajos judiciales, tomó una parte muy activa en los negocios políticos de la República? Pues, sin embargo de esto, señores, ni una sola frase se conserva escrita, de tantas como salieron de sus lábios. El copioso raudal de su elocuencia, como una fuente cuyas

aguas corren sobre un lecho de arenas, desapareció, en seguida, ántes de llegar á la cercana época de Quintiliano. Y bien, señores, ¿deberá considerarse como una pérdida irreparable, la de las pocas obras oratorias que Hortensio se tomó la molestia de escribir? Para responder á esta pregunta, basta examinar sucintamente las buenas y las malas cualidades, las bellezas y los defectos que le caracterizaban.

Hortensio introdujo la costumbre de presentar, al fin de sus discursos, un resúmen de las razones del contrario y de las suyas; dividia bien la materia, y no olvidaba nada favorable á su causa y perjudicial á su antagonista; tenia, además, una voz armoniosa y sonora, y unos ademanes y un gesto tan variados, tan expresivos, tan insinuantes, que dos actores insignes, que por entónces florecian en Roma, llamados Roscio y Esopo, acudian á observarle cuando hablaba en público. (29) Mas, no á todos agradaba así, ni á todos parecia libre de afectacion. Uno de aquellos viejos senadores que habian hecho su campaña con Antonio Crasso, no siempre tenia paciencia para escucharle, ó se reia, con lástima, al ver sus estudiadas gesticulaciones, y los adornos inútiles con que recargaba sus discursos. (30) Otras veces, sus antagonistas le interrumpian impacien-

tados, haciéndole objeto de epígramas más ó ménos acerbos é incisivos; y ocasion hubo en que se le comparó á una bailarina célebre que habia, por aquellos tiempos en Roma, diciendo que, más bien que un orador, era Hortensio una verdadera *Dionisia*. (31) De todas suertes, la armonía de la voz, y la gracia de los ademanes y del gesto, no se conservan en los escritos, que es lo único que la posteridad puede, por sí propia, conocer y aprovechar de los talentos oratorios que brillaron en pasadas épocas. Los méritos que el orador tiene, de comun, con el actor ó cómico, perecen con el hombre que los posee. De ellos sólo queda, si por ventura hay quien lo conserve, un recuerdo, no siempre fiel y justo, de la realidad. Por eso la gloria de los oradores que juntaron al talento de hablar el de escribir, es mayor, y más durable, que la de aquellos otros, que no dejaron monumento alguno de su elocuencia.

No pretendo con esto, rebajar la importancia de la accion y la voz, en el ejercicio de la palabra; y muy por el contrario, reconozco que, puesto el orador ante el auditorio, en ambas consiste la mitad de la elocuencia. Puede haber oyentes incapaces de apreciar la fuerza de las ideas y de conocer el mérito y las bellezas del estilo; mas todos juzgan, por impresion momentánea, de lo que

oyen, y no hay ninguno que sea insensible á las modulaciones de una voz que se extiende y recoje oportunamente; que ora se anuncia dura como la amenaza, ora blanda y suave como la súplica, y llena siempre de la armonía y la congruencia indefinibles que hacen que, cada nota salida de nuestros lábios, sea una nota de nuestra alma; que establecen conductores misteriosos entre el orador y los oyentes, y reflejan, con precision mágica, las escenas tiernas, ó patéticas, ó terribles, que se describen, haciendo que el auditorio responda como un eco, á los acentos que el orador le trasmite.

Por lo que hace al estilo de Hortensio, aunque empleado por él, produjese grande efecto en su auditorio para el fin de persuadirle, era en algun concepto vicioso, y poco digno, por consiguiente, de figurar entre las obras maestras de elocucion. Era un estilo esencialmente asiático, (como en su tiempo se decia) muy rico de adornos, de giros vivos, ingeniosos, delicados, que parecian dirigidos á recrear al auditorio, más bien que á producir fuertes emociones en los ánimos. (32)

Estos caractéres que ofrecia su elocuencia, y la redondez, por decirlo así, y armonía de sus períodos, hicieron que brillase más en su juven-

tud que en su edad madura; y que fuese más aplaudido y admirado por los oyentes indoctos y por los jóvenes, que por los hombres instruidos y por los buenos críticos del arte de bien hablar. Lo que podia disculparse, y áun elogiarse en él, durante la primera época de su vida oratoria, no convenia despues á la gravedad propia de sus años, y de su elevada posicion política. Los adornos excesivos, aunque no fuesen de mal gusto, y las sutilezas de ingenio, sentaban, en los lábios de un personaje consular, como los lazos y las flores, entre las canas de una mujer vieja y presumida.

De cuanto he leido sobre Hortensio, deduzco que, en lo relativo á la invencion, nada podia enseñarnos que no nos enseñen otros oradores antiguos, que conocemos, de más mérito que él; y en lo que pertenece á la elocucion, sus discursos, que eran, sin disputa, inferiores á los de Esquines, Demóstenes y Ciceron, habrian sido más eficaces para autorizar sus defectos, que para enseñar con sus bellezas. Por consiguiente, no creo que debamos echar mucho de ménos las arengas de que hablo, aunque, consideradas como objetos de curiosidad, y fuente de noticias históricas, su pérdida sea en alto grado lamentable.

Fué, sin duda, Hortensio, un varon insigne, y

en el número de los insignes varones, debe ser colocado por nosotros. Su conducta y sus alternativas, ofrecen lecciones útiles, tanto por lo que consiguió, cuanto por lo que dejó de conseguir. Pero cuando veo que siendo un hombre laborioso, y amante de la gloria, no perfeccionó su elocuencia con el trascurso del tiempo y sus contínuos ejercicios, infiero, señores, una de estas dos cosas: ó que la índole de su talento y los hábitos adquiridos pudieron más que su voluntad, ó que era mal juez de sí propio, y no poseia ese juicio crítico seguro, que nos descubre los ideales, y las imperfecciones y vicios que nos alejan de lo mejor.

Hay, por desgracia, muchos hombres que, en materias literarias, son incapaces de juzgar, con acierto, sus propias obras, y marchar por la senda del buen gusto, sin extraviarse hácia los escollos opuestos, por entre los cuales dicha senda se abre paso. Los jóvenes, sobre todo, no deben olvidar nunca que en lo concerniente al estilo, las primeras influencias que se reciben son muy duraderas, cuando no decisivas, y que no pudiendo adquirirse, en poco tiempo, un cierto tacto intelectual de que habla Jovellanos, deben aumentar sus precauciones, para no dejarse seducir por las bellezas aparentes de algunos escrito-

res de escaso mérito, que se hacen hinchados cuando quieren ser pomposos, enfáticos y altisonantes por ser graves y elevados, y que buscan, en los tropos y figuras, la sublimidad que sólo puede encontrarse en los sentimientos y las ideas.

La primera aspiracion que se despierta en nosotros al ensayarnos á escribir, es expresar nuestras ideas con brillantez; y de aquí nace que el mayor peligro de los jóvenes que empiezan á formarse un estilo, es confundir el oropel con el oro, y áun dejarse deslumbrar por un brillo falso, más que por el brillo del verdadero mérito. Nos sentimos, por lo comun, inclinados á abusar de las figuras, hasta el punto de creer que la retórica lo puede todo. ¿A quién, señores, no le dá lástima de renunciar á una comparacion, ó una metáfora, que se le ocurren, por desproporcionadas que sean? ¿Qué principiante no cree que todo el mérito del escritor consiste en disponer de muchos atavíos, buenos ó malos, para vertir una idea; y no en tener muchas y excelentes ideas, y los términos más propios para enunciarlas? ¿Quién no estima, en su juventud, una imaginacion algo indócil y fecunda, más que un génio penetrante, y una razon firme y luminosa? Además de esto, nos enamora mucho la cantidad, y no la buena calidad de los escritos; olvidamos

que la sencillez es hermana de la belleza, y que las figuras deben emplearse con bastante acierto y economía, para que los oyentes ó lectores, no e aperciban de que es estilo figurado el que se emplea. Horacio, buen juez en estas materias, dice al poeta:

«Suprimirá la pompa demasiada,»

y lo que Horacio recomienda para el verso, bien puede recomendarse, en su nombre, para la prosa. El lujo, que es vicio en las costumbres, es tambien reprensible en el lenguaje, sobre todo, cuando parece un alarde de imaginacion, aconsejado por la pedantería, y encaminado á satisfacer una mezquina vanagloria.

Hay que saber distinguir lo que es un lenguaje florido y elegante, de lo que es un lenguaje pretencioso y ridículo. Cuando lo primero que percibimos es el pensamiento del que habla sin reparar en la forma de que lo reviste, el lenguaje no puede ser afectado, aunque sea brillante hasta rayar en demasía. Cuando, por el contrario, lo primero que se descubre es la figura retórica, destacándose como en segundo término la idea, ó quedándose envuelta entre la hojarasca del discurso, entónces se incurre en hinchazon y oscuridad, que son los vicios que más desacreditan en

la república de las letras, y más temprana muerte ocasionan, á las obras científicas ó literarias.

La suerte que muy pronto cupo á los discursos escritos de Hortensio, es un testimonio de lo que decimos. (33) A pesar del grande ingenio de este orador, sus obras perecieron faltas de méritos de primer órden; y á no haber sido porque otros escritores, y Ciceron entre ellos, nos han conservado noticias de su fama, ignoraríamos que la alcanzara. Y aquí termina la conferencia de la presente noche, anunciándoos que, en la próxima, me ocuparé de Julio César.

He dicho.

ILUSTRACIONES Y NOTAS

AL DISCURSO OCTAVO.

(1) Ciceron, *Or. Ilu. XLIX*, y *L*. «No habia en tiempo de Antonio, tantos procesos como ahora.» (*LVII.*)

(2) De Pompeyo dice Ciceron lo siguiente: «Habia nacido con disposiciones universales, y habria adquirido en la elocuencia un nombre más ilustre, si otra ambicion no le hubiese arrastrado hácia la brillante gloria de las armas. Su estilo no carecia de abundancia: tenia un juicio rápido y seguro; su voz era clara y sonora, y sus ademanes y su gesto respiraban nobleza y gravedad.» (*Ciceron, Brutus, LXVIII.*)

(3) Plutarco, *Vidas de Mario y Sila.*

(4) Ciceron, *Brutus, LIX al LXI.*

(5) Ciceron, *Brutus, LXVI.*

(6) Ciceron, *Brutus, LXIII.*

(7) Quintiliano, *Int. Ora. Lib. X, cap. I.*

(8) Ciceron, *Brutus, LXXIX.* En una ocasion en que Ciceron peroraba contra Calido, fundó en la tibieza de éste, un argumento para desautorizar sus palabras. El